

SUSCRICION

En las oficinas de la CORRESPONDENCIA ILUSTRADA, Infantas, núm. 42, bajo. En la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; en todas las demás librerías, y en el centro de suscripciones, Pasaje del café de Madrid.

En provincias por medio de nuestros Corresponsales, é escribiendo directamente á esta Administración.

Número suelto: 10 CENTS.



DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

PRECIOS

P. C.
Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'50

PORTUGAL

3 meses..... 7'50

EXTRANJERO

3 meses..... 22'50

ULTRAMAR

3 meses..... 25

ANUNCIOS

Línea..... 0'75

Comunicados y reclamos, precios convencionales.

Número suelto 10 CENTS.



AÑO I.—(II Epoca.)

Jueves 2 de Diciembre de 1880

NUM. 83

NUESTRO GRABADO

En la famosa *Kypros* de los griegos, hoy denominada *Kibris* por los musulmanes, que han gozado pacíficamente de su dominación desde que en el año 1571 de nuestra Era la arrancó del poder de los venecianos el sultan Selim, haciendo á sus habitantes víctimas de la crueldad más horrible, se alza á 13 kilómetros de la costa septentrional de la isla, entre los 36° 13' y 14' de latitud N. y los 31° 0' 30' de longitud E., la famosísima Nicosia, hoy tan decaída de sus primitivos esplendores.

Pocas ciudades ofrecen tan gloriosos recuerdos á la memoria del viajero que por vez primera huella la sagrada mansión de la antigua *Vénus Citera*, y respira las embalsamadas brisas de aquella isla deliciosa, atravesada de parte á parte por el famoso Olimpo, hoy llamado Monte de la Cruz.

En los casi derruidos muros con que fué defendida por los venecianos, en sus estrechas calles, en sus hermosas puertas, en sus iglesias y palacios, en su grandiosa y gótica catedral, y en todos los monumentos que encierra han trazado sus huellas cien generaciones.

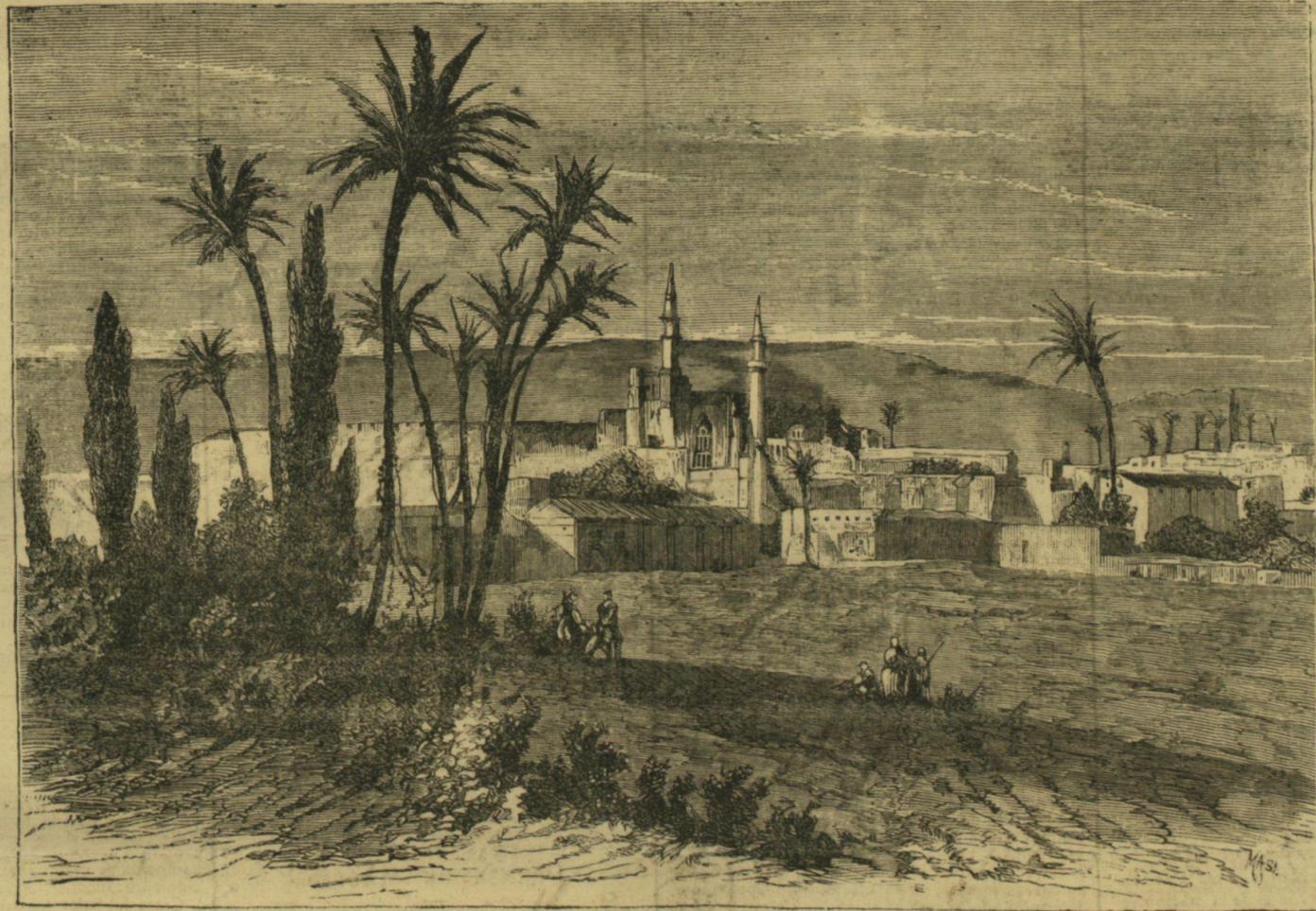
La edad de oro de esta ciudad está marcada por los reinados de los príncipes de Lusignan, que hicieron de ella la metrópoli de su reino floreciente, que durante tres siglos sostuvo el estandarte de la Cristiandad en cien combates.

Las discordias intestinas dieron en tierra con su comercio y su grandeza, viniendo á caer en manos de los genoveses, que fueron á su vez desposeídos por Jacobo III, el *Bastardo*, que buscó para sostenerse el apoyo de los venecianos, los cuales, por muerte del primero, se hicieron dueños absolutos de la isla, ondeando durante ochenta años sobre los muros de Nicosia el estandarte de San Marcos.

Durante la larga y opresora dominación de los turcos ha llegado á su extremo la decadencia de Nicosia, ya iniciada en tiempo de los Venecianos, contando en la actualidad únicamente 1.700 habitantes, y reduciéndose su industria á una fábrica de tapices.

El Gobierno de la Puerta ha cedido la isla á los ingleses, que según parece no están muy contentos de su nueva adquisición.

La población de Nicosia se compone en su mayor parte de turcos y judíos.



VISTA DE LA CIUDAD DE NICOSIA

MIGUEL DE TORO.

LA ESTATUA DE ALEJANDRO DUMAS

Hoy que se trata de elevar al célebre y popular novelista francés la estatua que reclaman para él desde hace diez años sus amigos y admiradores,

creemos oportuno publicar una interesantísima carta de su hijo, fechada en Puy el 23 de Noviembre de 1870, en los momentos en que aquella gran existencia se apagaba oyendo resonar á lo lejos el cañon prusiano.

En dicha carta se dan curiosísimos detalles sobre las últimas semanas de su vida.

Estas páginas honran en gran manera su corazón de hijo y su talento de escritor y son de las mejores que ha escrito.

Están dirigidas al notable escritor Alfredo Asseline en contestación á un artículo de recuerdos literarios publicado en *L'Independence Belge* y han visto la luz recientemente en las columnas del *Figaro* de París.

después, poco á poco entrecerraba los ojos; para hablar con propiedad no se despertaba, sino que renacía; volvía á ponerse en relación con las cosas exteriores, y paseaba durante dos ó tres días por su jardín, sin pronunciar una palabra y como en busca de sí misma. Al fin se reconocía, y entrada en posesión de su individualidad, recobraba su movimiento ordinario.

En el principio de estos fenómenos extraños, se atribuían á una parálisis inminente, y todos se admiraban, después de estas interrupciones momentáneas, al verla escribir el *Marqués de Villemér* ó *Mlle. de la Quintinie*, porque hace de esto diez ó doce años. Semejante fenómeno es sencillamente el reposo forzado de estos atletas del trabajo. Se creen invulnerables y la naturaleza que les ha con-

entenderse, por sonreír. El le ha dado toda clase de excusas y le ha hecho mil promesas, devolviéndole ella en cambio, si no todo su vigor de otro tiempo, al menos su buen humor, su ingenio y su tranquilidad de tiempos mejores. Ahora bien; como jamás ha sabido hacer las cosas á medias y se encuentra tan bien con este reposo, esta contemplación, de la vida íntima de la familia, armoniosa y apacible, que nunca tuvo tiempo de entretener en medio de sus inmensos trabajos, no quiere ya salir de ella. Goza dulcemente en sentirse libertado y obsequiado. Todos los cuidados, todas las excitaciones, todos los enervamientos de su vida febril, han venido á morir á mi puerta. No deja penetrar de fuera más que el sol y el aire libre. A veces penetra demasiado viento, pero á él siempre le ha gustado; acerca de esto me decía ayer: «Si quiero el viento es porque me impide pensar.» El apetito es bueno y regular; el sueño se hace más corto y más reparador, pero al llegar la noche, se entrega á él con delicia.

Le he leído vuestro artículo, suprimiendo el principio, porque le ocultamos toda alusión á la enfermedad de que se le acusa; se ha conmovido mucho y nos ha hablado de esta época de su vida como lo hubiera hecho hace diez años. Cuando por último le he dicho:—Y bien, ¿quieres ponerte de nuevo á trabajar?—Me respondió, moviendo la cabeza, con la sonrisa que usted conoce:—No hay peligro que me vuelvan á coger en el trabajo; así estoy bien.—Y añadió:

—Dí á Asseline, que si alguna vez tomo la pluma, será para escribirle, pero que no cuente con ello. Dicho esto se ha puesto á jugar al dominó con mis hijos, á quienes adora. Ha tomado el partido de retirarse. No aspira más que al reposo. Lo ha ganado bien, dicho sea entre nosotros.

He resuelto pues, gracias á esta razón, de que tiene V. á bien hacer el contrapeso de mi corazón no hablar más al público de mi padre. Cuando es uno hijo de semejante hombre, no sabe cómo hablar de él en público. Siempre se está expuesto á faltar por exceso ó por defecto. Esto se queda para los amigos, la historia y la posteridad. Los hijos no deben intervenir sino para dar gracias por las simpatías y rectificar los errores. Respecto á usted, sólo tengo que hacer una de estas dos cosas, que es la primera; y la hago con toda la fuerza de nuestros buenos recuerdos y de nuestra antigua amistad.—A. DUMAS, HIJO.
Puy, 23 de Noviembre 1870.

Se piensa hacer una segunda edición del precioso poema *D. César de Quintana*, que tanta aceptación ha merecido en el mundo literario.

El autor del *D. César*, Sr. Verdú y Gallo, es un poeta de gran sentimiento. Versifica con sencillez, expone con valentía y dá á sus trabajos un tinte de erudición y de buen gusto.

Soy yo quien ha recibido vuestra carta y vuestro artículo, mi querido Asseline. Tiene usted razón; los cerebros como éste no caen en la infancia, no retroceden, marchan adelante; cuando se callan ó hablan un lenguaje que no se comprende, es que contemplan el infinito del que han sido una de las moléculas, por decirlo así, y hablan con él. Para un extranjero, por ejemplo, mi padre, en un momento dado hubiera podido parecer atacado de parálisis intelectual, pero no para mí, que he conocido y seguido desde hace veinticinco años las costumbres de esta organización excepcional.

He visto también á madame Sand en este estado. Se adormecía de repente durante veinte, treinta horas, dejándose caer donde quiera que se encontrase, desvariando muy alto, balbuceando palabras incoherentes, no teniendo necesidad de nada, más que de sueño, pero de un sueño equivalente á la fatiga que produce un gran esfuerzo del espíritu;

cedido algunas excepciones sobrehumanas, los llama al orden de cuando en cuando; y para que no olviden que son hombres, los reduce durante algunas horas ó algunos meses al estado de animales, es decir, al sueño y á la vida puramente vegetativa. El buey fatigado, sin aliento, se deja caer sobre el surco, *procumbit humi bos* y mira á su alrededor hasta que va recobrando las fuerzas.

Esto es lo que le ha sucedido á mi padre. Un día la pluma se le cayó de las manos y se echó á dormir.

Acababa de hacer un viaje fatigoso y de entregarse á un trabajo excesivo. Lo he llevado á mi casa, al campo, á la orilla del mar y he aplicado, por decirlo así, á su boca el seno de esta gran naturaleza que tanto había hecho por él y que era la única que podía restablecerle. El contacto ha sido rudo, las sacudidas violentas. Ella resistió más que él; por último, han concluido por reconocerse, por